

HISTORIAS QUE DEJAN HUELLA

Conociendo a:

Emma Guzmán Olivas

A continuación, se presenta el resumen de una conversación para conocer un poco más de la vida de Emma Guzmán Olivas, reconocida Enfermera Sonorense y Presidenta actual del Colegio Sonorense de Enfermeras A.C. tanto en el ámbito profesional como en el personal.

Familia y niñez

Nací en Galeana, Chihuahua, en una familia que siempre valoró el trabajo duro. Mi papá era agricultor, y aunque tenía sus propias parcelas, pronto comenzaron a surgir tensiones políticas en la zona. Era la época en la que la marihuana empezaba a popularizarse en ciertos círculos, y mi papá, firme en sus valores, no quiso involucrarse en ese tipo de cultivo. Yo tenía apenas cuatro años cuando nos mudamos. Sin planes previos, empacamos lo poco que teníamos y nos dirigimos a Culiacán, Sinaloa, con la esperanza de encontrar una vida mejor.

La vida en Culiacán no fue fácil, así que después de un tiempo nos mudamos nuevamente, esta vez a Hermosillo, Sonora, al Campo La Brea. Allí, mi papá consiguió trabajo en los cultivos.



como regador y labrador, y comenzamos una nueva etapa. En ese ambiente sencillo fue donde viví mi infancia, rodeada de valores y de una comunidad humilde. Empecé la primaria en un entorno de campo, y aunque los recursos eran pocos, mi papá y mi mamá nos inculcaron desde temprano el valor del esfuerzo y la importancia de hacer algo valioso con nuestras vidas.

Cuando terminé la primaria, nos mudamos a la ciudad para vivir con una hermana de mi papá. Sin embargo, esa convivencia duró poco, ya que teníamos diferencias religiosas que generaron cierta tensión.

Cuando terminé la primaria, nos mudamos a la ciudad para vivir con una hermana de mi papá. Sin embargo, esa convivencia duró poco, ya que teníamos diferencias religiosas que generaron cierta tensión. Terminamos construyendo nuestra casa cerca de la conocida Cañada de los Negros, en una zona montañosa y despoblada. Nuestra casita en la ladera del cerro era muy sencilla, pero fue suficiente para nosotros. La llamábamos “la alta sociedad”, pues teníamos teléfono, luz, agua y drenaje, algo raro en la zona. Y el teléfono se convirtió en un servicio comunitario: los vecinos que lo necesitaban podían venir a usarlo sin que les cobrásemos nada. Éramos parte de la comunidad, y siempre estuvimos dispuestos a ayudar.

Influencia de sus padres en su vida profesional

Mis padres siempre fueron muy claros en la importancia de trabajar con integridad y de estudiar para poder avanzar. Desde pequeña, yo soñaba con ser maestra. Terminé la secundaria y presenté el examen para entrar a la escuela normalista, con la ilusión de hacer realidad ese sueño. Desafortunadamente, de entre 200 aspirantes, solo aceptaron a 70, y yo no fui una de ellas. Me desanimé, pero sabía que no podía quedarme en casa sin hacer nada. Comencé a trabajar en tareas del hogar, pero era algo que me resultaba tedioso y poco satisfactorio.

Tiempo después, escuché que en el Hospital General del Estado había un internado donde la escuela de enfermería era dirigida por monjas y contaba con el subsidio del gobierno. Sin tener ninguna experiencia en enfermería, pero motivada por la oportunidad, decidí ir a preguntar. Al llegar, me recibió una monja que me explicó que el subsidio se terminaría pronto y que esa sería la última generación. A pesar de la mala noticia, ella notó mi interés y me sugirió que intentara entrar como auxiliar de enfermería en el hospital. Me animó a no desanimarme, y me ofreció llevarme con la jefa de enfermeras, la señora Beatriz López López. Así fue como, sin planearlo, inicié mi carrera en enfermería.

Etapas de Formación

Experiencia en la escuela de enfermería

Esa primera semana fue un gran cambio en mi vida. La jefa de enfermeras, la señora Beatriz, me pidió que me presentara el lunes siguiente con un uniforme, zapatos y medias de enfermera. Aunque al principio me sentía nerviosa, estaba muy emocionada, pues sentía que, al fin, estaba dando el primer paso en algo importante. Conseguí el uniforme y recogí mi cabello largo en unas trenzas. Fue un momento inolvidable, me sentía orgullosa.

Mi primer puesto fue en la central de equipos del hospital. Allí empecé como preauxiliar, encargándome de preparar los materiales necesarios para las operaciones, como gasas, fundas y compresas quirúrgicas. Todo era nuevo para mí, y no sabía casi nada sobre las tareas de enfermería, pero tenía muchísimas ganas de aprender.

Pronto descubrí que enfermería significaba mucho más que tareas rutinarias; implicaba responsabilidad, disciplina y atención al detalle. Tenía solo 18 años, pero sentía que había encontrado el lugar donde quería estar.

Incursión en el Hospital General

Trabajar en la central de equipos fue una experiencia que me enseñó los valores de orden y precisión, que son tan importantes en enfermería. Al principio, seguía las instrucciones de las enfermeras con más experiencia y me limitaba a hacer lo que me indicaban, pero conforme pasaron los meses, comencé a quedarme más allá de mi turno para observar y aprender. La idea de ser maestra había quedado atrás, y ahora quería ser una buena enfermera. Por eso, aprovechaba cada momento para mejorar y entender mejor mi trabajo. Incluso los fines de semana me quedaba a ver cómo trabajaban en los turnos de noche. Estaba segura de que era el lugar correcto para mí, y eso me impulsaba a seguir esforzándome. Uno de los primeros desafíos fue cuando me ofrecieron una suplencia en la central de equipos. Para mí, fue un gran honor y, al mismo tiempo, un reto, ya que había auxiliares con más tiempo en el hospital que podrían haber recibido esa oportunidad. Acepté la suplencia con nervios y mucho respeto, consciente de que tendría que demostrar mis capacidades. Cuando llegó enero de 1970, la jefatura me dio una noticia que cambió mi vida: había obtenido la plaza de auxiliar de enfermería. No puedo describir la alegría que sentí; ese puesto significaba estabilidad y me daba la oportunidad de seguir creciendo en el hospital.

Desarrollo Profesional

Continuación de su formación profesional
Después de un tiempo, decidí que quería seguir estudiando. En 1973, me inscribí en la Universidad de Sonora para estudiar enfermería, y así empecé una etapa muy intensa. Durante el día tenía clases que duraban hasta ocho horas, y después trabajaba en el hospital. Mi jornada era agotadora, pero tenía un compromiso muy fuerte con mi formación y con mi futuro. Fueron tres años de mucho sacrificio, en los que a veces parecía que el cansancio me vencería, pero siempre encontraba una razón para seguir adelante. Finalmente, en 1976, me gradué como enfermera general, algo que me llenó de orgullo y satisfacción. Sabía que ese esfuerzo me abriría puertas y me permitiría hacer una diferencia en mi trabajo.

Desafíos al integrarse al mundo laboral como enfermera

Después de titularme, continué trabajando en el hospital. Fue entonces cuando Dolores Ballesteros, una supervisora que admiraba profundamente y quien más tarde fundaría el Colegio Sonorense de Enfermeras, me motivó a probar suerte en el Seguro Social. Me dieron un contrato como auxiliar de enfermería, y al principio intenté compaginarlo con mi trabajo en el Hospital General. Sin embargo, pronto tuve que tomar una decisión. Sabía que la escuela no podía esperar, así que renuncié al Hospital General y me concentré en mi formación en el IMSS, donde obtuve mi primera base.

Decisiones cruciales en su carrera profesional

Después de titularme y casarme, decidí que quería especializarme aún más. La primera oportunidad que surgió fue en pediatría, y me fui a estudiar a Guadalajara, aunque siempre tuve el sueño de ser enfermera quirúrgica. También hice la especialidad en administración de servicios de enfermería, y con el tiempo obtuve diplomados en Cuidados Paliativos, Cuidados Avanzados de Heridas y Enfermería Pericial. Cada uno de estos estudios me permitió aportar más en mi trabajo, y también asesorar y guiar a otras enfermeras. Mi objetivo siempre ha sido hacer una diferencia, tanto en el cuidado de los pacientes como en el desarrollo de mis compañeras.

Mi carrera fue avanzando, y después de obtener una plaza en el Hospital General como enfermera general, me asignaron al quirófano, un área que siempre me apasionó. Algunas compañeras vieron mi título como una amenaza para sus propios avances, pero yo estaba enfocada en hacer mi trabajo y en ayudar a mi familia. A lo largo de los años, aprendí a mantenerme firme y a confiar en que el esfuerzo y la dedicación siempre serían recompensados. Nunca dejé de apoyar a mi familia y a mis compañeros, y siempre traté de ser un ejemplo de compromiso y trabajo duro.

Durante mi carrera, siempre tuve el deseo de enseñar. Sin embargo, en aquellos tiempos no era fácil encontrar oportunidades para dar clases, ya que había pocas enfermeras generales. En lugar de enseñar en un salón, me dediqué a compartir mi conocimiento en el día a día con mis colegas.

A medida que me especializaba en diferentes áreas, me convertí en un referente para quienes buscaban orientación y consejo. Me sentía muy orgullosa de poder ayudar a los nuevos enfermeros y enfermeras a desarrollarse y mejorar en su trabajo.

Época Actual

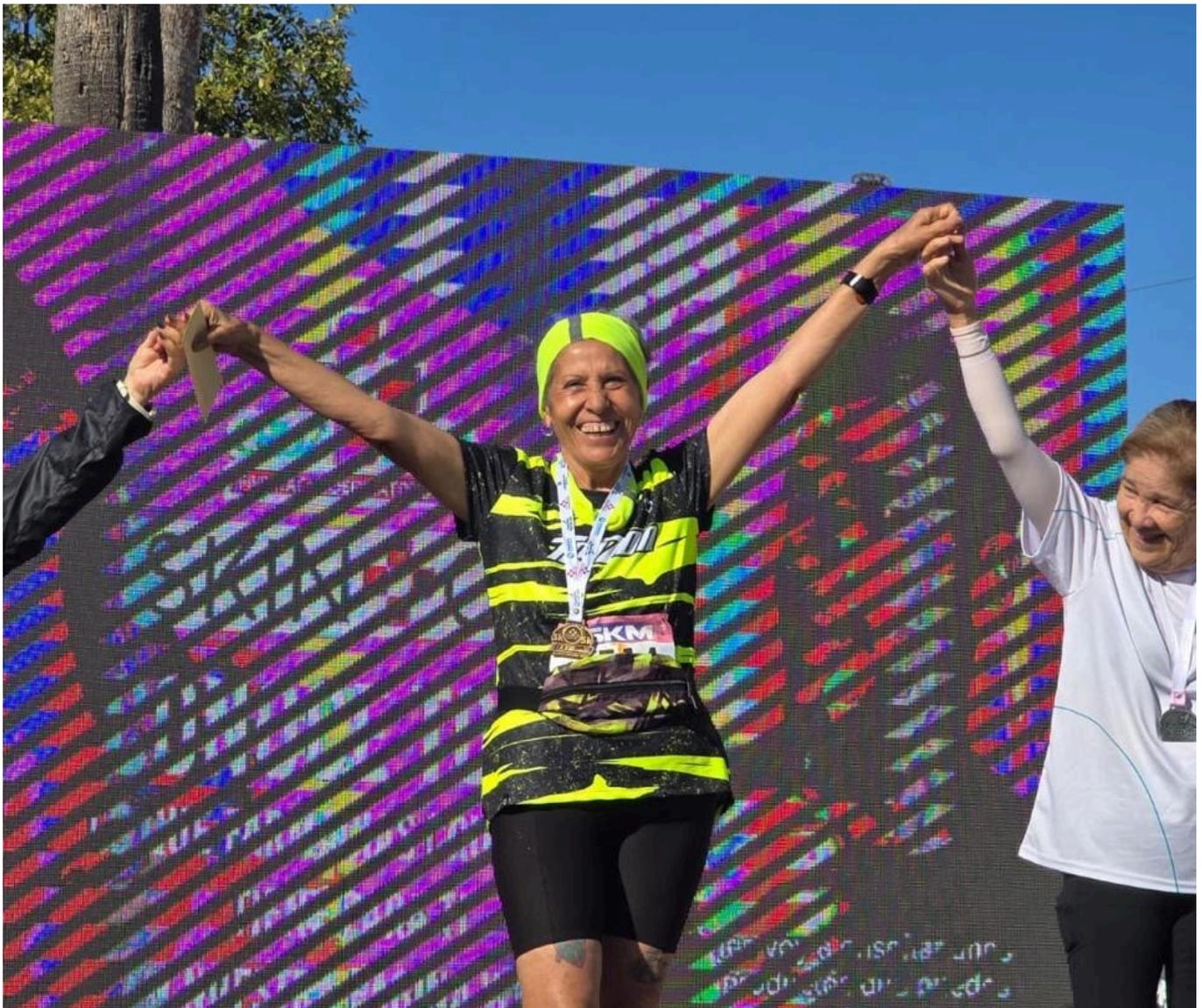
Vida después de la jubilación

Jubilarme no significó quedarme sin actividad. Para mí, la jubilación fue una oportunidad de reinención. Desde que dejé el hospital, me enfoqué en mantenerme en movimiento y cuidar de mi salud. Descubrí una gran pasión en el deporte, especialmente en correr, y he participado en varias maratones de 5, 10 y 21 kilómetros. La disciplina que adquirí en la enfermería me ha servido mucho en el entrenamiento, y cada carrera es un reto que disfruto superar. Aparte del deporte, sigo involucrada en la enfermería como presidenta del Colegio Sonorense de Enfermeras y también en la Asociación de Jubilados y Pensionados del IMSS, donde sigo activa.



Para mí, es fundamental seguir ocupada. Actualmente, además de mi rol en el Colegio Sonorense de Enfermeras, colaboro en una clínica de heridas, donde brindo asesoría en cuidados avanzados y en tanatología. También sigo participando en maratones, lo cual me ayuda a mantenerme saludable tanto física como mentalmente. Además, he tomado cursos de computación para no quedarme atrás en la tecnología. La enfermería sigue siendo mi vocación, y siempre quiero estar preparada para aportar lo mejor de mí.

Mi próxima carrera es en Tucson, el 15 de diciembre, y después correré el medio maratón de Hermosillo. Me preparo cada día para enfrentar estos retos y mostrarme a mí misma que siempre puedo mejorar. En cuanto a mi labor en el Colegio Sonorense de Enfermeras, sigo trabajando para elevar las condiciones laborales y la formación profesional de las enfermeras en el estado. Quiero ser un ejemplo de perseverancia para las futuras generaciones y demostrarles que, si se esfuerzan, pueden alcanzar cualquier meta que se propongan.



Novedades a compartir sobre el Colegio Sonorense de Enfermeras

Recientemente, dedicamos tiempo a lanzar nuestra nueva revista. Además, estamos en contacto con la SEP y el IMSS Bienestar para abordar algunos problemas que enfrentan las enfermeras auxiliares y licenciadas en su trabajo. Hay muchas dificultades en el sector, y creo que nuestro papel es hacer todo lo posible para que estas mujeres y hombres cuenten con las condiciones adecuadas para hacer bien su trabajo. Espero que con nuestras acciones podamos hacer una diferencia.



Mensaje final para las enfermeras y a la comunidad

La enfermería no es solo una profesión; es una vocación que exige mucho amor y dedicación. Durante toda mi vida, he sentido que la enfermería me ha dado un propósito y me ha enseñado el valor del sacrificio. Las recompensas que me ha traído esta profesión son inmensas, y me siento orgullosa de haber tomado este camino. Mi mayor deseo es que mi historia inspire a las futuras generaciones a nunca darse por vencidas y a luchar por sus sueños.

